

La embajada del conde de Peñaranda a Praga y a Fráncfort del Meno en 1657-1658

Alistair Malcolm

Las décadas centrales del siglo XVII ahora se consideran como un tiempo clave de transición. Después del largo período de hegemonía española, se inauguraba una nueva época dominada por la influencia militar y cultural de Francia, y por la expansión comercial de Gran Bretaña y de las Provincias Unidas. El cambio se puede anclar precisamente a los últimos años del reinado de Felipe IV. A raíz de las afirmaciones de preeminencia diplomática francesa, el fracaso de las tentativas españolas de recuperar Portugal, y la anticipada muerte del viejo rey, la correspondencia de extranjeros demuestra un cierto interés por la mentalidad política de los ministros de Felipe IV. Uno de los testigos más perspicaces era el diplomático francés Hugues de Lionne. Había pasado varias semanas en Madrid durante el verano de 1656, antes de asistir al convento electoral en Fráncfort del Meno en 1657-1658. Fue en esta ciudad donde publicó un discurso en que proclamaba revelar

la explicación de todo el misterio y la inteligencia de [...] que perdiendo cada día España en la continuación de la guerra, no tiene gota de sangre que tenga inclinación a la paz.

Para Lionne, los españoles tenían una “constancia” en su afán de la guerra, que se fundaba en la confianza de que Dios les daría otro milagro como el que les había presentado al estallar las Frondas. Entretanto, Lionne señaló cómo el gobierno en Madrid tenía dos cartas muy ventajosas para jugar: casar a la infanta María Teresa con el nuevo emperador Leopoldo I; y envolver a Francia en una nueva guerra en Alemania ¹.

¹ BNE, Mss. 5542, fols. 54v-59.

PROPÓSITOS Y ARGUMENTOS

Una de las intenciones de este capítulo será rastrear la serie de enfrentamientos diplomáticos en Alemania que surtió las conclusiones de Lionne. Al hacer esto, se considerarán unos asuntos más amplios, tales como la importancia del Sacro Imperio Romano dentro del sistema de prioridades de la Monarquía hispánica después de la paz de Westfalia, y el procedimiento algo confuso por lo cual los ministros españoles formularon y pusieron en práctica sus (muchas veces distintas) políticas exteriores. Estas cuestiones se relacionan entrañablemente con el personaje del conde de Peñaranda, el ministro de Felipe IV más experto en los asuntos del Imperio y en el largo proceso de negociar la paz con Francia². Vástago de una familia noble de Castilla la Vieja, había sido juez en los tribunales de la corte, antes de hacerse con el título de conde por casamiento con su sobrina. Al haberse transformado de ministro letrado en noble de capa y espada,

² Este personaje queda aún poco conocido. Algunas de las ideas que incluyo aquí se encuentran desarrolladas con más detalle en mi tesis doctoral: *Don Luis de Haro and the Political Elite of the Spanish Monarchy in the Mid-Seventeenth Century* (Unpublished D. Phil., University of Oxford, 1999). Las mejores investigaciones sobre Peñaranda son de historiadores del arte, tales como H. E. WETHEY: "The Spanish Viceroy, Luca Giordano, and Andrea Vaccaro", *The Burlington Magazine* 109 (1967), pp. 678-687, y A. VANNUGLI: "La collezione Serra di Cassano", *Arte d'occidente* 4 (1989). Su convento ha sido estudiado por A. CASASECA CASASECA: *Catálogo monumental del partido judicial de Peñaranda de Bracamonte (Salamanca)*, Madrid 1984, pp. 219-255. Para sus antepasados, véase A. FRANCO SILVA: "El Mariscal Álvaro de Ávila y los orígenes del Condado de Peñaranda", en *La fortuna y el poder. Estudios sobre las bases económicas de la aristocracia castellana, s. XIV-XV*, Cádiz 1996, pp. 241-263 (agradezco a Laura Canabal Rodríguez el haberme señalado esta referencia). Información sobre las opiniones políticas del conde se encuentra en G. MAURA GAMAZO: *Carlos II y su corte*, 2 vols., Madrid 1911 y 1915; y en M. HERRERO SÁNCHEZ: *El acercamiento hispano-neerlandés, 1648-1678*, Madrid 2000. Para sus actuaciones en Westfalia, véase M. ROHRSCHEIDER: *Der gescheiterte Frieden von Münster. Spaniens Ringen mit Frankreich auf dem Westfälischen Friedenskongress, 1643-1649*, Münster 2007; y J. I. ISRAEL: "Spain and Europe from the Peace of Münster to the Peace of the Pyrenees, 1648-1659", en *Conflicts of Empires: Spain, the Low Countries and the Struggle for World Supremacy, 1585-1713*, Londres-Rio Grande 1997, pp. 105-144 (pp. 107-109). Véase también A. MALCOLM: "Arte, diplomacia y política de la corte durante las embajadas del conde de Sandwich a Madrid y Lisboa (1666-1668)", en J. L. COLOMER (ed.): *Arte y diplomacia de la Monarquía Hispánica en el siglo XVII*, Madrid 2003, pp. 160-175; e I. MAURO: "«Il divotissimo Signor Conte di Pegnaranda, vicerè con larghissime sovvenzioni»": Los fines políticos del mecenazgo religioso del conde de Peñaranda, Virrey de Nápoles (1659-1664)", *Tiempos Modernos* 15 (2007), pp. 1-14.

actuó como plenipotenciario de Felipe IV en la ciudad de Münster, donde firmó la famosa paz con las Provincias Unidas en enero de 1648. Vuelto a Madrid en el verano de 1650, pasó siete años como consejero de Estado, y presidente de los consejos de Órdenes e Indias. Cuando regresó al Imperio por la segunda vez en 1657, tenía sesenta y dos años de edad, y era probablemente el ministro más alto en la confianza de Felipe IV, y de su valido don Luis Méndez de Haro. Merece preguntarnos si la selección de Peñaranda para ir al convento electoral en Fráncfort implicara una renovación de la antigua alianza entre Madrid y Viena.

Hasta cierto punto podemos decir que sí. A mitad de la década de 1650 había surgido la posibilidad de una reconciliación, pero con dos condiciones: 1.) que Felipe IV casara a su hija la infanta María Teresa con un miembro de la Casa de Austria; y 2.) que el gobierno austriaco proporcionara ayuda militar a los ejércitos españoles que seguían peleando contra Francia y sus aliados en Flandes y Milán. Pero, como se verá, estos dos asuntos del casamiento y de los auxilios militares no tuvieron mucho que ver con las actuaciones de Peñaranda durante su segundo visita al Imperio. De hecho, la mayoría de sus cartas tratan de sus esfuerzos para promocionar una liga entre los príncipes del norte, y de las tentativas que hacía el arzobispo de Maguncia para que el convento se empleara como foro para la negociación de una paz entre España y Francia. Esta nueva iniciativa en realidad no discrepaba en mucho de los deseos del conde, que había tenido sus propios remordimientos sobre el no haber hecho la paz con Francia en 1648³. Desde el comienzo de su segunda salida para Alemania recomendaba que el rey ofreciera concesiones para conseguir este fin⁴, pero, sus consejos pacíficos cayeron en saco roto. Al valido don Luis de Haro –a cuya amistad e influencia, Peñaranda debía su propia buena fortuna– no le interesaba terminar una guerra que le era necesario para sostener su propio ministerio. El conde, entonces, se encontró en Fráncfort sin más remedio que tomarse la

³ Peñaranda a Felipe IV, Münster, 12 de junio de 1648; Peñaranda a Felipe IV, Bruselas, 29 de julio de 1648; Peñaranda al archiduque Leopoldo Guillermo, Bruselas, 11 de agosto de 1648 (*CODOIN* 84, Madrid 1885, pp. 261, 310 y 311-312).

⁴ A. DOMÍNGUEZ ORTIZ: “España ante la Paz de los Pirineos”, en *Crisis y decadencia de la España de los Austrias*, Barcelona 1984, pp. 155-193 (p. 167). M. HERRERO SÁNCHEZ: *El acercamiento hispano-neerlandés...*, op. cit., p. 369 y n. 886. Peñaranda a Haro, 27 de octubre de 1657, 19 de enero, 7 de febrero y 20 de mayo de 1658, ADA, caja 233 (20). Peñaranda a Felipe IV, 5 de diciembre de 1657, y 5 de enero de 1658 (AGS, Estado, leg. 2368).

justicia por su mano al hacer una propuesta completamente desautorizada para que la paz se negociara en los Pirineos. Entretanto, el rechazo del gobierno del rey de Hungría a proporcionar ayuda para Flandes y Milán –aun después de su elección como emperador Leopoldo I– serviría para enflaquecer sin remedio lo que quedaba de la especial relación entre las dos ramas de la Casa de Austria.

*EL IMPERIO DENTRO DEL SISTEMA DE CONSIDERACIONES
DEL GOBIERNO DE MADRID DESPUÉS DE 1648*

Después de la paz de Westfalia, se sucedió un enfriamiento de relaciones entre Madrid y Viena. El lado español se consideró traicionado por el tratado firmado entre el emperador y el rey de Francia, y sus relaciones con el gobierno austriaco fueron de aquí en adelante matizadas de un cierto color de resentimiento⁵. Aunque la Monarquía hispánica seguía obteniendo reclutas y pertrechos de Alemania a base informal, su influencia en esta zona se redujo considerablemente⁶. Asimismo, el Imperio se hizo para muchos diplomáticos españoles el destino dentro de la gama de nombramientos que tenía menos preferencia: un lugar atrasado y olvidado, muy lejos de la casa, y donde no recibirían las mismas subvenciones de dinero y ayudas de costa que tendrían ministros enviados a destinos más privilegiados⁷.

⁵ Papel del marqués de Castel Rodrigo para formar la instrucción del conde de Peñaranda, junio de 1657 (BSCV, ms. 267, fols. 54-77).

⁶ Dos memoriales de don Jacinto de Vera, 6 y 15 de noviembre de 1655 (AGS, Estado, leg. 2363). Véase también D. SÉRÉ: *La Paix des Pyrénées. Vingt-quatre ans de négociations entre la France et l'Espagne, 1635-1659*, Paris 2007, p. 279; y el estudio de L. TERCERO CASADO: “La Paz de Westfalia inconclusa: España y la restitución de Frankenthal (1649-1653)”, que se publica en esta misma obra.

⁷ Además de Peñaranda, intentaron nombrar otros ministros para el congreso en Westfalia, pero sin éxito. Estos incluyeron al conde de la Roca, el duque de Medina de las Torres, y el marqués de los Balbases. En 1648 tres o cuatro grandes ofrecieron sus disculpas antes de que el duque de Nájera aceptara la responsabilidad de acompañar a la archiduquesa Mariana de Austria a Madrid. El disgusto de los nobles españoles ante la perspectiva de una estancia en Alemania se encuentra más vivamente en las palabras del duque de Montalto, quien se refirió al honor como “embaxada que es principio para el merito no premio de lo servido”: Memorial de servicios del duque de Montalto (BNE, Ms. 12.621, fol. 39).

No obstante, en 1655, la Europa central volvió fugazmente al centro de la escena política con la invasión de Polonia que hizo Carlos X de Suecia. Animado por el embajador Castel Rodrigo, Fernando III empezó un programa de reclutamiento, para que no se encontrara sin defensas, caso que esta nueva guerra se extendiera al Imperio⁸. En noviembre un enviado imperial llegó a Madrid para hacer una petición de ayuda en que se desempolvó todo el viejo retórico de la alianza: el Imperio era (según el enviado de Fernando III),

el antemural de Italia, refugio para los aprietos de Flandes y minas de gente con que en todas partes refuerza el Rey sus ejércitos y defiende su Monarquía [...] pues no habrá quien dude que, perdidos ellos y creciendo con esto la fuerza de un enemigo de Dios y de la Casa tan poderoso [es decir Suecia], se perdería Flandes, Italia y la Religión Católica en gran parte de Europa⁹.

Enfrentados con la posibilidad de tal desastre, sin embargo, los consejeros de Felipe IV se mostraron algo flemáticos:

Aunque no dejara de tener su objeción lo que pide el Emperador, considerando lo que obró cuando dispuso la paz en Alemania con franceses y suecos, que fue no haber incluido a Vuestra Majestad en ella, y dejándole fuera, no por este motivo se dejará de asistirle en esta y en todas ocasiones si los medios lo permitiesen, sin reparar en circunstancias tan dignas y justas de mirar en ellos por ser de calidad que se vienen a los ojos¹⁰.

El Consejo prosiguió que no había dinero para enviar a Viena, y que lo más importante era el mantenimiento de las fuerzas en Flandes para que los enemigos de la Monarquía se concentraran allí. Uno de los miembros del Consejo era el propio conde de Peñaranda, y se puede conjeturar que, al ser el único de ellos con experiencia reciente de Alemania, este voto del Consejo pleno fuera una expresión de sus propias opiniones¹¹.

⁸ Castel Rodrigo a Felipe IV, 12 de septiembre de 1655 (AGS, Estado, leg. 2363; BSCV, ms. 267, fol. 71r-v).

⁹ Respuesta de don Jacinto de Vera a lo que se le preguntó –segunda semana de noviembre de 1655– (AGS, Estado, leg. 2363).

¹⁰ Consulta del Consejo de Estado, 18 de noviembre de 1655 (AGS, Estado, leg. 2363).

¹¹ Véase también la consulta del Consejo de Estado ofrecida al rey el 8 de marzo de 1655 (AGS, Estado, leg. 2363). Es bastante frecuente encontrar lo que se podría denominar un “lenguaje Peñarandista” en las consultas que el Consejo de Estado emitió sobre asuntos de Flandes y Alemania durante la década de los 1650. Estos documentos pretenden representar las opiniones de un grupo de ministros, pero a veces constituyen exclusivamente las opiniones del ministro más experto en torno al asunto sobre el tapete.

Si fuera necesario el Diluvio Sueco para que el emperador se tragara el orgullo y pidiera dineros de Madrid, también sería otra nueva guerra, esta vez entre la Monarquía hispánica y el Protectorado inglés, lo que persuadiría a los Habsburgos españoles a echarse en brazos de sus primos austriacos. En 1655-1656, los ingleses lograron capturar la isla de Jamaica y bloquear Lisboa hasta que el gobierno portugués consintiera darles el empleo de sus puertos¹². Con las rutas marítimas ahora controladas por las naves del almirante Robert Blake, el Imperio de repente se hizo la única parte de Europa que podría enviar apoyos a las acosadas posesiones de Felipe IV y, por lo menos al principio, las peticiones españolas recibirían mejor acogida en Viena que las solicitudes malogradas que había hecho el emperador en Madrid el año anterior. Durante el verano de 1656, el marqués de La Fuente consiguió el envío de un ejército de 12.000 soldados veteranos para el norte de Italia. Varios meses después, logró la promesa de refuerzos cuando 3.600 de los originales se amotinaron al no fiarse de que el rey español les pagara; y, a principios de 1657, estaba preparando el envío de 2.700 alemanes para Flandes, la mitad de ellos veteranos¹³.

Estos miles de tropas imperiales constituyeron, por mucho, la mejor ayuda que habían recibido los Habsburgos españoles desde la conclusión de la paz de Westfalia. La buena voluntad de Fernando III se puede explicar por una variedad de razones. Después de la invasión de Carlos X durante el verano de 1655, seguida rápidamente por la derrota del ejército polaco, y las caídas de Varsovia y de Cracovia, la campaña de 1656 no había sido tan decisiva¹⁴. Mientras el rey de Suecia se distraía por una guerra de desgaste en Polonia y Prusia, las tropas imperiales reclutadas durante el pánico del año anterior podían ser puestas al servicio de España. La decisión de hacer esto se debe en gran parte al príncipe de Auersperg, el ministro hispanófilo que presidía el Consejo Privado de Fernando III. Con la muerte del emperador, la influencia del Príncipe disminuyó gravemente, y las prioridades del gobierno austriaco se trasladaron a otras partes y asuntos.

¹² L. M. E. SHAW: *Trade, Inquisition and the English Nation in Portugal, 1650-1690*, Manchester 1989, pp. 58-64.

¹³ El marqués de La Fuente a Felipe IV, 11 y 16 de julio de 1656 (AGS, Estado, leg. 2365). La Fuente a Felipe IV, 22 de noviembre de 1656, y 24 de enero de 1657; La Fuente a Haro, 7 de marzo de 1657 (AGS, Estado, leg. 2366).

¹⁴ D. G. KIRBY: *Northern Europe in the Early Modern Period: The Baltic World, 1492-1772*, Londres 1990, pp. 186-187; R. I. FROST: *After the Deluge: Poland-Lithuania and the Second Northern War, 1655-1660*, Cambridge 1993, pp. 2, 48-52 y 69-79.

*SEGUNDO VIAJE A ALEMANIA
DEL CONDE DE PEÑARANDA*

Al enterarse de la nueva situación en el Imperio, los ministros españoles habían empezado a recomendar que el rey estuviera mejor representado en Viena, y la selección de Peñaranda para ir a Fráncfort parece corresponder a este deseo¹⁵. Pero el razonamiento preciso detrás de su nombramiento no queda tan claro. El Consejo de Estado, cuando recibió noticia de la muerte de Fernando III, suponía que la elección se celebraría muy pronto, y por ello consideró más necesario enviar dinero al marqués que escoger a un embajador extraordinario. Al contrario de sus ministros, la apostilla que escribió Felipe IV al final de la consulta demuestra una resolución inusitada:

Según el término que disponen las constituciones imperiales para convocar y juntar la Dieta, y las dificultades que probablemente se puede temer que se ofrezcan en ellas, juzgo que la persona que saliese de aquí podría llegar en tiempo, y que por todos acontecimientos, siendo tanto lo que se interesa en el suceso de la futura elección, debo mostrar al mundo, al Rey mi sobrino y a todos los príncipes de mi casa que concurro con cuantas diligencias y medios puedo poner de mi parte en orden a procurar que se continúe la dignidad imperial en ella. Y así juzgo que para este negocio se debe elegir un sujeto de los de más satisfacción, experiencias y grado para que con título de embajador extraordinario parta luego a dar el pésame a mi sobrino y asistir en la futura dieta, y así por estas consideraciones nombro al conde de Peñaranda¹⁶.

La intervención de parte del rey no parece, sin embargo, haber influenciado en mucho las instrucciones del conde. Estas fueron confiadas al conde de Oñate, ministro muy experimentado en las embajadas y virreinos, pero que ahora

¹⁵ Consulta del Consejo de Estado, 31 de mayo de 1656 (AGS, Estado, leg. 2365); consulta del Consejo de Estado, 27 de junio de 1657 (AGS, Estado, leg. 2366). El marqués de Castel Rodrigo había representado a Felipe IV en la corte imperial desde la primavera de 1648, pero sus relaciones con Auersperg se habían hecho paulatinamente más difíciles. En diciembre de 1655 sucedió un altercado que puso fin a sus relaciones, y lo hizo necesario que el marqués de La Fuente actuara como embajador de Felipe IV. La Fuente, que solo se había encontrado en Viena de paso durante el verano de 1656, no fue considerado tener la capacidad y experiencia para manejar un interregno imperial.

¹⁶ Consulta del Consejo de Estado, pleno con respuesta del rey, 6 de mayo de 1657 (AGS, Estado, leg. 3918).

se encontraba al margen de la influencia¹⁷. Las instrucciones que redactó llegaron apenas a cinco hojas¹⁸. Peñaranda fue ordenado a dar el pésame a Leopoldo por la muerte de su padre, y hacer lo posible para asegurar que la Corona Imperial siguiera en la Casa de Austria. Precisamente aún quedaba en duda qué miembro de la Casa de Austria iba a ser elegido. Por estas fechas, Felipe IV consideró a su sobrino como el candidato mejor, pero también había que hacer provisiones en caso de que se escogiera a su tío, el archiduque Leopoldo Guillermo, o a uno de sus primos, los archiduques Fernando Carlos o Segismundo Francisco de Tirol. Si la decisión electoral cayera en el propio rey de España, Felipe también se manifestaría dispuesto a aceptar. En cuanto al asunto pendiente del casamiento de la infanta María Teresa, el rey expresó su deseo de que se casara con el rey de Hungría, pero ordenó a su embajador que no mencionara el asunto, a no ser que los ministros austriacos le hablaran de ello. Al final, le ordenó que apoyara al príncipe de Auersperg en tanto que fuera posible, pero sin enojar a los enemigos de este dentro de la corte del rey de Hungría.

Ahora bien, entre la displicencia del Consejo, el ánimo del rey, y el alcance algo limitado de unas instrucciones redactadas por un consejero aislado, hay unas incoherencias que valen la pena considerar. La correspondencia subsiguiente de Peñaranda con don Luis de Haro revela que, en realidad, el nombramiento se debía al valido, que lo había sugerido al conde, ofreciéndole al mismo tiempo el virreinato de Nápoles para cuando el convento se terminara:

Yo salí de España a la primera insinuación de Vuestra Excelencia según que varias veces lo había prometido y ofrecido a Vuestra Excelencia; estoy en Nápoles porque plugó a Su Majestad conformarse en esto con lo que Vuestra Excelencia le propuso; procuro servir como debe un hombre de bien, sin tener

¹⁷ Jerónimo de la Torre a Felipe IV (AGS, Estado, leg. 3918). Según Antoine BRUNEL (que escribe en 1655), “*on le tient autant éloigné du secret que l'on peut; et hors les choses qu'on est obligé de lui communiquer à cause des charges qu'il possède, il n'y a guère de part*” [“Voyage d'Espagne”, edición de C. Claverie, *Revue Hispanique* 30 (1914), pp. 119-375 (pp. 269-270)]. Don Íñigo Vélez de Guevara, octavo conde de Oñate (1597-1658) había sido embajador en Londres y Roma, antes de dirigir la rendición de Nápoles en 1648. Servía como virrey allí por casi seis años, pero con su vuelta a Madrid se encontró postergado dos veces en los nombramientos para la presidencia del Consejo de Italia. Es posible que, de joven, hubiera estado en Alemania cuando su padre representaba a Felipe III y a Felipe IV en la corte del emperador durante los primeros años de la guerra de los Treinta Años.

¹⁸ BNE, Ms. 11.267 (47).

otro deseo del cielo abajo que de procurar aliviar en algo el peso de todo lo que Vuestra Excelencia trae a cuestras ¹⁹.

En cierto sentido, se puede decir que el propio conde era el peso que el valido ya no quería llevar a cuestras. En la primavera de 1657, Peñaranda se encontraba en la poca envidiable situación de ocupar el puesto de presidente del Consejo de las Indias cuando las flotas de la Carrera de Indias fueron asoladas por los ataques de la armada inglesa. A raíz de esto, fue objeto de una campaña de censura pública, y su situación en Madrid se hizo insoportable ²⁰. Aunque sus relaciones con Haro se mantuvieron estrechas hasta el final, es muy posible que la decisión de que se marchara a Alemania hubiera sido fomentada por el propio valido para restringir los efectos políticos de estas catástrofes.

Si la idea de que la embajada a Fráncfort fuera en cierto modo un exilio parece lo más verosímil, también queda otra explicación: que Peñaranda fue considerado la mejor persona para llevar a cabo las instrucciones secretas de don Luis de Haro. Esta no llega más allá de la conjetura, pero se puede justificar a base del contexto más amplio de la embajada. El verano anterior, Hugues de Lionne había estado en Madrid, donde hizo unos ofrecimientos increíbles para la conclusión de una paz, con la sola condición de que Felipe IV diera la mano de su hija mayor, la infanta María Teresa, a Luis XIV. Ahora el rey tenía dos alternativas: o casamiento con Francia y la promesa de una paz honorable; o casamiento con Austria, pero esto solo a condición de que el gobierno en Viena se dispusiera a proporcionar ayuda a los ejércitos españoles ²¹. Hay evidencia para decir que don Luis de Haro seguía favoreciendo la opción austriaca. Había tenido un papel importante en el casamiento de Felipe IV con la archiduquesa

¹⁹ Peñaranda a Haro, 14 de diciembre de 1658 (ADA, caja 233 [20]). Además, durante el verano y el otoño de 1657, por lo menos dos de las hechuras de Peñaranda (don Alonso Márquez de Prado y don Antonio de Monsalve) fueron promocionadas dentro de los consejos. La presidencia de Indias se quedó vacante hasta el regreso del conde a Madrid en noviembre de 1664.

²⁰ Véase A. MALCOLM: *Don Luis de Haro and the Political Elite...*, *op. cit.*, pp. 187-195. He revisado un poco mis opiniones en torno a los temas de la política alemana de don Luis de Haro y del nombramiento de Peñaranda para el convento en Fráncfort después de conversaciones con Lothar Höbelt y Lynn Williams, a quienes quisiera agradecer su ayuda y amabilidad.

²¹ Felipe IV al marqués de La Fuente, 22 de diciembre de 1656 (AGS, Estado, leg. 2953).

Mariana en 1649, y llevaba buenas y estrechas relaciones con Johann Maximilian von Lamberg, el embajador de Fernando III en Madrid²². Asimismo, mantenía a sus propios agentes en la corte austriaca, y seguiría albergando el deseo de una alianza con el lado austriaco de la familia Habsburgo hasta (por lo menos) el otoño de 1658, cuando todos los otros ministros españoles miraban hacia Francia²³. En algunas de las cartas que escribió al valido, encontramos a Peñaranda dando el mentís a conceptos de su destinatario que el conde consideraba erróneos. En enero de 1658, se expresó contento de ver que Haro era “conforme con lo que escribí en cuanto a la precisa necesidad de paz, en que me parece estar constituido Su Majestad”, pero el conde también consideró (por si acaso) necesario exponer su razonamiento con un amplio y detallado resumen de la situación internacional. El mes siguiente, tuvo que desengañar al valido sobre la posibilidad de una renovación de la alianza con Austria, y recomendó que el rey aceptara las ofertas de Francia. Un año después, en febrero de 1659, se refirió al casamiento entre María Teresa y Luis XIV como “el atajo y el único medio eficaz” para llegar a una paz²⁴. Entonces si Peñaranda (como es bastante posible) llevara órdenes secretas del valido para negociar un casamiento y una alianza con el nuevo emperador (cuando éste se eligiera), no estaba de acuerdo con ellas, y las trataría con el mismo desdén que las instrucciones que recibiría por la vía oficial.

²² L. HÖBELT: *Ferdinand III. (1608-1657) Friedenskaiser wider Willen*, Graz 2008, cap. 14.

²³ “Ministro bien informado” a Haro, 28 de julio de 1657 (AGS, Estado, leg. 2367); carta de un desconocido a Haro, Fráncfort, marzo de 1658 (RAH, ms. 9/97, fol. 60r-v). Peñaranda se refiere a estas otras correspondencias al principio de su carta al valido de 10 de noviembre de 1657 (ADA, caja 233 [20]). Para la renuencia de don Luis en abandonar sus esperanzas de recibir ayuda austriaca, véase sus cartas a don Fernando de Fonseca Ruiz de Contreras, Mérida, 20 y 30 de septiembre de 1658 (AGS, Estado K, 1686, núms. 77 y 88).

²⁴ Peñaranda a Haro, 19 de enero y 7 de febrero de 1658, y 8 de febrero de 1659 (ADA, caja 233 [20]). Por desgracia las cartas que tenemos de Haro a Peñaranda son pocas y quemadas (ADA, caja 138). En el manejo de esta documentación, he beneficiado de la ayuda y amabilidad de José Manuel Calderón, a quien lo agradezco aquí.

EN LA CORTE DEL REY DE HUNGRÍA

En el verano de 1655, el emperador Fernando III había conseguido la elección de su hijo mayor, el archiduque Leopoldo Ignacio, como rey de Hungría. El año siguiente, el joven fue coronado rey de Bohemia en Praga. La familia real y sus comitivas se volvieron a esta ciudad en julio de 1657, y se quedarían allí durante los próximos siete meses, antes de empezar el largo viaje a Fráncfort a finales de enero de 1658 —no llegarían hasta la tercera semana de marzo—. Fue en Praga donde el conde de Peñaranda se reunió con el rey de Hungría y Bohemia, y con sus ministros en octubre de 1657. En realidad, por aquel entonces lo más difícil de la elección ya se había solucionado. Los duques de Baviera y de Neoburgo habían renunciado sus pretensiones, junto con el archiduque Leopoldo Guillermo, que había defendido sus propios derechos a ser el candidato oficial de los Habsburgos durante unos meses en el verano de ese año²⁵. El hecho de que se tardara diez meses más antes de que el rey de Hungría se coronara emperador en agosto de 1658 tenía que ver con la renuencia de los ministros austriacos a trasladarse a Fráncfort cuando grandes partes del norte y del este del Imperio se encontraban en una situación muy inestable²⁶.

Peñaranda no estaba en consonancia con los temores de sus anfitriones, y se quejaba de lo que consideraba una falta de dirección en el gobierno austriaco. Los cuatro ministros con quienes tenía más tratos eran los príncipes de Auersperg y Porcia, y los condes de Kurz y Schwarzenberg²⁷. De los dos últimos, Peñaranda tenía bastante respeto, aunque sabía que las opiniones y metas de estos

²⁵ Castel Rodrigo anteriormente había creído que el duque de Baviera pudiera presentarse como candidato rival a los Habsburgos, carta a Felipe IV, 22 de marzo de 1656 (AGS, Estado, leg. 2365). Pero cuando escribió su informe para el conde de Peñaranda en junio de 1657 no consideró que la Casa de Austria tenía de que preocuparse (BSCV, ms. 267, fol. 73 bis). Para los asesoramientos de Peñaranda sobre los otros candidatos, véase sus cartas a Felipe IV, 3 de noviembre de 1657 (AGS, Estado, leg. 2367), y a Haro, 29 de diciembre de 1657 (ADA, caja 233 [20]).

²⁶ Peñaranda a Haro, 12 de enero de 1658 (ADA, caja 233 [20]). Peñaranda a Felipe IV, 4 de mayo de 1658 (AGS, Estado, leg. 2368). Peñaranda a Felipe IV, 18 de mayo de 1658 (AGS, Estado, leg. 2478).

²⁷ Para las divisiones entre los ministros del nuevo gobierno de Leopoldo, véase H. F. SCHWARZ: *The Imperial Privy Council in the Seventeenth Century*, Harvard 1943, pp. 143-144.

ministros eran muy distintas de las suyas²⁸. Kurz era el vicescanciller del Imperio, un puesto que dejó con obligaciones al elector de Maguncia²⁹. Schwarzenberg era el favorito del archiduque Leopoldo Guillermo, y tenía una larga historia de disensiones con los gobiernos de Bruselas y Madrid. Durante los meses inmediatamente después de la muerte de Fernando III había intentado promocionar la candidatura del archiduque Leopoldo Guillermo para la elección imperial³⁰. El príncipe de Auersperg había contado con la mayor influencia durante los últimos siete u ocho años de la vida del emperador. Había sido jefe de la casa del finado rey de Romanos, Fernando IV, y se había aprovechado del apoyo español para sostenerse como primer ministro hasta la primavera de 1657³¹. El marqués de Castel Rodrigo le describió como “ministro en fin de los primeros, sino de todos odiado”, y el aislamiento político de Auersperg casi le destruiría en varias ocasiones antes de su caída definitiva en 1668³². Aunque Fernando III, justo antes de morir, había recomendado a su hijo que favoreciera al príncipe, a Leopoldo no le gustaba su arrogancia, y le había sustituido como presidente del Consejo Privado por su ayo y mayordomo mayor, el conde de Porcia. Desprovisto del primer lugar en el gobierno, Auersperg seguía favoreciendo los intereses de Felipe IV dentro de los límites de sus circunstancias más reducidas, pero también abrigaba rencor hacia los españoles por no ayudarle

²⁸ Peñaranda a Felipe IV, 20 de octubre y 3 de noviembre de 1657 (AGS, Estado, leg. 2367).

²⁹ J. BÉRENGER: “Ferdinand III et la France de Mazarin”, en L. BÉLY & I. RICHEFORT (eds.): *L'Europe des traités de Westphalie. Esprit de la diplomatie et diplomatie de l'esprit*, Paris 2000, pp. 163–180 (pp. 167–168).

³⁰ Papel del marqués de Castel Rodrigo, junio de 1657 (BSCV ms. 267, fol. 74v). La Fuente a Haro, 2 de abril de 1657 (AGS, Estado, leg. 2953). La Fuente a Haro, 16 de mayo de 1657 (AGS, Estado, leg. 2366). “Ministro bien informado” a Haro, 28 de julio de 1657; consulta de Estado, 13 de septiembre de 1657 (AGS, Estado, leg. 2367).

³¹ El embajador español tenía una influencia notable en el gobierno austriaco debido a su derecho de pedir al emperador que los asuntos de su rey pasaran por las manos de un ministro favorable a Madrid. Véase “Ministro bien informado” a Haro, 28 de julio de 1657 (AGS, Estado, leg. 2367).

³² J. BÉRENGER: “The Demise of the Minister-Favourite, or a Political Model at Dusk: The Austrian Case”, en J. H. ELLIOTT & L. W. B. BROCKLISS (eds.): *The World of the Favourite*, New Haven-Londres 1999, pp. 256–268 (pp. 258 y 264). Castel Rodrigo a Felipe IV, 15 de diciembre de 1655 (AGS, Estado, leg. 2365).

más³³. El que le había sustituido era, según todos, insuficiente para ser el ministro principal. Johann Ferdinand Porcia, aparte de una estancia como gobernador de Austria Interior, había pasado su vida en la corte como jefe de la Casa del rey de Hungría, y le faltaba la experiencia de sus émulos, muchos de los cuales habían servido en los ejércitos y embajadas del emperador desde las postrimerías de la Guerra de los Treinta Años. Porcia pronto se hizo el hazmerreír de todos: un pececillo llamativo entre los viejos caimanes de la ciénaga tropical que era la corte en Praga³⁴.

La poca edad de Leopoldo también era un problema ya que su derecho de votar como rey de Bohemia estaba en duda. Aunque se podía contar con el apoyo de Baviera, Sajonia y Tréveris, el obstruccionismo de los arzobispos de Maguncia y Colonia y del conde palatino del Rin dejó el voto decisivo al marqués de Brandemburgo. Anteriormente aliado del rey de Suecia, a finales de 1656 había empezado un proceso largo y complicado para ganarle para los Habsburgos³⁵. El problema era que el elector reclamaba tropas del rey de Hungría para ayudarle con una invasión de las posesiones suecas en el norte de Alemania, junto con el cumplimiento de promesas que se le habían hecho durante la última elección en 1653, y la concesión de estados en la posesión del conde de Schwarzenberg. Por consiguiente, mucho del tiempo que el conde de Peñaranda pasaba en Praga y Fráncfort fue dedicado a la tarea de animar al rey de Hungría y a sus ministros para que ganaran el apoyo fijo del elector de Brandemburgo. Esto no se consiguió con certitud hasta los principios de junio de 1658, y fue solamente a partir de esta fecha cuando Leopoldo pudo garantizarse la mayoría dentro del colegio electoral³⁶.

³³ Peñaranda a Haro, 22 de diciembre de 1657 (ADA, caja 233 [20]).

³⁴ “Este Conde de Porcia no vale nada, pero ¿qué diablos ha de valer un hombre que trae las mangas del jubón aforrados en tafetán amarillo y vuelve cuatro dedos de manga? Tengo por imposible que se mantenga, y si los dos caimanes, el de Scharzenberg y Auersperg, no estuvieran tan encontrados, fuera mucho más breve la caída del Porcia”, Peñaranda a Haro, 29 de diciembre de 1657 (ADA, caja 233 [20]).

³⁵ R. I. FROST: *After the Deluge...*, *op. cit.*, p. 79.

³⁶ Franz Paul von Lisola al rey de Hungría, 9 y 18 de noviembre de 1657; Peñaranda a Felipe IV, 12 de diciembre de 1657 (AGS, Estado, leg. 2368). Peñaranda a Felipe IV, 3 de junio de 1658 (AGS, Estado, leg. 2478). Peñaranda al rey de Hungría, 23 de enero de 1658; Peñaranda a Haro, 19 de enero de 1658, y 3 y 10 de junio de 1658 (ADA, caja 233 [20]). Don Esteban de Gamarra a Peñaranda, 4 de febrero de 1658 (AGS, Estado, leg. 8474, fol. 56r-v).

GUERRA EN ALEMANIA

Mientras la elección quedaba en duda, el conde de Peñaranda consideró imprescindible que el rey de Hungría proporcionara auxilios a los enemigos del rey de Suecia. Estos incluyeron no solo a Federico Guillermo de Brandemburgo, sino también a los reyes de Dinamarca y Polonia, con quienes Fernando III había firmado alianzas justo antes de morir. Lo que quería Peñaranda era la formación de una gran liga (o “unión de armas”) de príncipes afiliados con la Casa de Austria en contra del rey de Suecia ³⁷. Si los ejércitos de estos estados llegaran a acometer los territorios suecos del Imperio, el conde razonaba que Francia no tendría más remedio que intervenir en Alemania en apoyo de su aliado, y como garante de las paces de Westfalia ³⁸. En una carta escrita a don Luis de Haro en diciembre de 1657, el conde resumió sus conclusiones sobre la posibilidad de engatusar a los ministros del rey de Hungría para que consintieran una invasión de la Pomerania sueca:

Creo que se nos podrían seguir consecuencias de mucho provecho porque, Señor, no hay que esperar que estos hombres por razón ni por respeto, ni por la consecuencia de la casa, hayan de romper con franceses, y así ha sido, y es, mi deseo guiarlos a un tal empeño que dél haya de resultar que franceses rompan con ellos ³⁹.

Con este mismo fin de gestionar la entrada de Francia en un nuevo conflicto en Alemania, también esperaba servirse de un disgusto entre el conde palatino y el duque de Baviera sobre el título de vicario imperial. Ya en mayo el desacuerdo había producido una altercación en pleno convento, cuando el palatino había arrojado un tintero al representante de Baviera. A principios de junio, apareció un escudo en la fachada del palacio en Fráncfort donde la delegación bávara se hospedaba. Ostentaba la insignia del vicario, junto con un gran rótulo que indicaba el derecho del duque a tal honor. Según un ultimátum publicado en aquel entonces, y expresado con palabras poco respetuosos al conde palatino, este tendría tres semanas para reconocer al duque de Baviera como vicario. Si no lo hiciera, se podría esperar un conflicto entre dos de los príncipes que tenían el privilegio de escoger el nuevo emperador. Peñaranda saboreaba

³⁷ Peñaranda a Haro, 13 de diciembre de 1657 (ADA, caja 233 [20]).

³⁸ Peñaranda a Haro, 24 de marzo de 1658 (AGS, Estado, leg. 2368).

³⁹ Peñaranda a Haro, 26 de diciembre de 1657 (ADA, caja 233 [20]).

esta posibilidad, y aconsejó a Felipe IV que escribiera una carta de apoyo al duque de Baviera, dirigiéndosele como “vicario del Imperio”⁴⁰. Aunque la disputa corriera el riesgo de estorbar la elección, el conde creía que tendría el mismo resultado beneficioso que un ataque del rey de Hungría en la Pomerania sueca. Es decir: el rey de Francia no tendría más remedio que “entrar en baile” como protector del conde palatino, o aliado de Suecia y fiador de la paz de Westfalia, y con esto se aliviaría la presión militar en Flandes y en Milán⁴¹.

Es interesante notar aquí que Peñaranda por lo general restringía su entusiasmo por una nueva guerra en Alemania a sus cartas al valido, como si supusiera que Haro sería más comprensivo de tal actitud que los otros ministros de Felipe IV, o como si estuviera confeccionando sus consejos en conformidad de lo que sabía de las políticas y opiniones de la persona que los iba a leer⁴². Esto no quiere decir, sin embargo, que el Consejo de Estado estaba del todo ignorante de las aspiraciones del conde, que —si bien expresadas con un lenguaje algo más fuerte— conformaban con las de sus antecesores en el puesto⁴³. Todos en Madrid reconocieron la importancia de conseguir la alianza con el elector de Brandemburgo, y al recibir información a principios de julio de que esto se había confirmado, y de que existió también la posibilidad de un conflicto entre el duque de Baviera y el conde palatino del Rin, los consejeros de Felipe IV apenas podían contenerse⁴⁴. En cuanto a Felipe IV, no solo aprobaba las actuaciones de su ministro en Alemania, sino que quiso él mismo entrar en la liga, con tal que no le costara demasiado⁴⁵.

⁴⁰ Peñaranda a Felipe IV, 18 de mayo y 3 de junio de 1658 (AGS, Estado, leg. 2478).

⁴¹ Peñaranda a Haro, 3 de junio de 1658 (ADA, caja 233 [20]).

⁴² En este sentido, es posible ver en el entusiasmo por la liga de príncipes que mostraba don Cristóbal Angelati von Crazembach (el secretario de lenguas de Haro) un reflejo de las opiniones de su amo: Bennet a Hyde, 23 de enero de 1658 (Bodleian Library, Oxford, Clarendon ms. 57, fol. 50v).

⁴³ Castel Rodrigo a Felipe IV, 6 de enero y 12 de septiembre de 1655 (AGS, Estado, leg. 2363). La Fuente a Haro, 20 de junio de 1657; La Fuente a Felipe IV, 29 de agosto de 1658 (AGS, Estado, leg. 2367). La Fuente a Felipe IV, 10 y 21 de abril, y 30 de mayo de 1657 (AHN, Estado, libro 125, fols. 88v-92r, 109r-110v y 135v-138v).

⁴⁴ Consultas del Consejo de Estado, 28 de abril, 19 y 28 de mayo de 1658 (AGS, Estado, leg. 2368). Consulta del Consejo de Estado, 4 de julio de 1658 (AGS, Estado, leg. 2478).

⁴⁵ Felipe IV a Peñaranda, 22 y 29 de enero, 2 y 17 de mayo de 1658 (AGS, Estado, leg. 2478). Peñaranda al rey de Hungría, 5 de julio de 1658 (AGS, Estado, leg. 2368).

Solo unas semanas después, sin embargo, el rey amonestó a su ministro que se debiera concentrarse en la elección,

procurando que se asegure y caiga en la persona del Rey de Hungría mi sobrino con cualesquiera condiciones que le pusieren y con la brevedad que se pudiere, excusando todo lo que no fuere esto y particularmente las ocasiones de movimiento en el colegio electoral que puedan descaminar o dilatar el fin referido ⁴⁶.

El Consejo se expresaba aun más claramente:

Por lo que toca a lo que el Conde dice en orden al cisma y guerra en Alemania, desearía el Consejo verle menos inclinado a esto y a la división y rotura entre los electores, pues en tiempo de tantos y tan graves embarazos de guerra, como se tienen en todas partes, no puede, al parecer, traer ninguna conveniencia una nueva guerra ⁴⁷.

A pesar de estas amonestaciones expresadas a finales de julio y a principios de agosto, las perspectivas políticas en Madrid volvieron en el otoño al intento previo de animar conflictos en el Imperio. Felipe IV se hizo miembro de la liga los príncipes septentrionales en el otoño, y la cuestión del papel que tendría la Monarquía dentro de este sistema de alianzas seguiría como asunto de debate por varios años. En febrero de 1659, Peñaranda seguía proclamando que “quien quiere el servicio del Rey [...] ha de desear y procurar guerra en Alemania y en toda Europa” ⁴⁸, y la suposición de que Francia tendría que intervenir en el Imperio era una esperanza y preocupación de don Luis de Haro durante sus negociaciones con el cardenal Mazarino en los Pirineos ⁴⁹. En la primavera de 1660 –tal vez a raíz de los consejos de Peñaranda– Felipe IV incluso se comprometió a pagar subsidios para que Leopoldo I y Federico Guillermo persiguieran su guerra contra Suecia ⁵⁰.

⁴⁶ Felipe IV a Peñaranda, 22 de julio de 1658 (AGS, Estado, leg. 2478).

⁴⁷ Consulta del Consejo de Estado de 2 de agosto de 1658 (AGS, Estado, leg. 2368).

⁴⁸ Peñaranda a Haro, 8 de febrero de 1659 (ADA, caja 233 [20]).

⁴⁹ Haro a La Fuente, 27 de septiembre de 1659 (ADA, caja 232 [1]). Parece que Mazarino logró convencer al valido de sus deseos pacíficos durante sus reuniones, ya que en noviembre Haro había dejado de creer en la posibilidad de una intervención francesa: cartas de Haro a La Fuente, 8 y 15 de noviembre de 1659 (ADA, caja 232 [1]).

⁵⁰ Peñaranda a Haro, 14 de diciembre de 1659 (ADA, caja 233 [20]). Consulta del Consejo de Estado, 2 de abril de 1660 (AGS, Estado, leg. 2677). Ruiz de Contreras a Blumenthal, 22 de mayo de 1660 (ADA, caja 232 [1]).

Estas oscilaciones en la política de Madrid son difíciles de explicar. Se puede conjeturar que los reproches de julio y agosto de 1658 —que son poco características de la actitud generalmente respetuosa que tenían el Consejo y el rey hacia Peñaranda— debían algo a la reciente derrota del ejército de Flandes en la batalla de Las Dunas. En vista de la situación lamentable de los Países Bajos, los detalles de la elección no importaban tanto, con tal que se escogiera un Habsburgo lo más pronto que fuera posible. También, la declaración del elector de Brandeburgo a favor del rey de Hungría a principios de junio había cambiado la situación: antes, las diferencias entre Baviera y el Palatinado ofrecieron una solución al punto muerto del convento, pero ahora había que buscar la unanimidad; una vez coronado Leopoldo I como emperador, se podría recuperar una postura más bélica. En su conjunto, se puede sugerir que la actitud de Peñaranda forma parte de una cultura de resentimiento compartido entre la elite política española frente al abandono del emperador en 1648. Aunque no se encontrara expresada oficialmente en las instrucciones de los embajadores, tal cultura quedaba un secreto abierto que se manifestaría en momentos de alta tensión. Frente a la parálisis de la elección imperial y las desavenencias de la corte del rey de Hungría, no quedaba más remedio que abogar por políticas extremas: o guerra total, o compromisos para llegar a una paz.

EL ARZOBISPO DE MAGUNCIA Y SU PROYECTO DE PAZ

No obstante las ambigüedades detrás de las instrucciones que tenía Peñaranda para representar a Felipe IV al convento, una cosa queda clara: que no llevaba ningún mandato para concluir una paz con Francia. En torno a esta cuestión chocó con el arzobispo elector de Maguncia. Como Archicanciller del Imperio, este era el encargado del proceso electoral durante el interregno, pero quería utilizar el convento como foro de negociaciones para poner fin a las guerras del Imperio. Cuando los príncipes y sus diputados debían estar formulando las capitulaciones imperiales en la primavera de 1658, el arzobispo de Maguncia, en alianza con los electores de Colonia y del Palatinado, quería enviar embajadores del convento a los distintos potentados de Europa para persuadirles a cejar en sus empeños⁵¹.

⁵¹ Peñaranda a Felipe IV, 4 y 25 de mayo de 1658 (AGS, Estado, leg. 2478). Peñaranda a Haro, 3 de junio de 1658 (ADA, caja 233 [20]). Peñaranda a Gamarra, 26 de mayo de 1658 (AGS, Estado, leg. 8474, fol. 89).

En torno a su deseo de mandar un agente a Madrid sucedió, el 18 de abril, el famoso enfrentamiento entre Peñaranda y el agente Blum. El conde consideró imprescindible impedir el viaje de este sujeto para que no se prorrogara la elección aún más, y para que el enviado no presentara a los franceses con un premio de propaganda en el momento de hacer relación al colegio de sus experiencias en la corte española. En su famoso altercado, el conde recusó al arzobispo de tomar parte en los asuntos de Felipe IV, y amenazó a Blum de ser detenido en la frontera si intentara hacer su viaje a España ⁵².

El disgusto constituyó un grave incidente diplomático. Puso fin definitivo a los encuentros personales entre el arzobispo y el conde, y presentó a los embajadores franceses con lo que consideraron prueba rotunda de que los españoles no querían concluir la paz. La versión francesa de los subsiguientes intercambios culminó con el análisis que hizo Lionne de la mentalidad política española ya mencionada, y fue publicada el año siguiente como documento propagandístico ⁵³. No obstante, la realidad era muy distinta. Al enterarse del proyecto del arzobispo para emplear el convento como foro para la negociación de la paz en el otoño de 1657, el conde sospechaba que fuera un designio del cardenal Mazarino para aplazar la elección, pero no estuvo en contra de negociar una paz en Fráncfort, con tal que esto se hiciera *después* de que Leopoldo fuera coronado como emperador ⁵⁴. Cuando la propuesta fue comunicada a Madrid los consejeros de Estado estaban de acuerdo de que la oferta debía ser aceptada con tal que los electores garantizaran que la paz se negociaría a base de lo que había sido ajustado en 1656. No obstante, el rey no quería un congreso en Fráncfort ni antes ni

⁵² Peñaranda a Felipe IV, 20 de abril de 1658 (AGS, Estado, leg. 2368).

⁵³ *Negotiations de paix de messieurs les electeurs de Mayence et de Cologne faites à Francfort par leurs Altesses Electorales, entre M. le Mareschal duc de Grandmont et M. de Lionne ambassadeurs extraordinaires et Plenipotentiaires de France, et M. le comte de Pegnaranda, ambassadeur extraordinaire et plenipotentiaire*, Paris 1659. He utilizado una traducción manuscrita española de la época: BNE, Ms. 5542. Véase también J. VALFREY: *Hugues de Lionne: ses ambassades en Espagne et en Allemagne, la Paix des Pyrénées*, Paris 1881, pp. 144-155; y A. MALCOLM: *Don Luis de Haro and the Political Elite...*, *op. cit.*, pp. 197-207. Existe una respuesta detallada a las alegaciones de Lionne, probablemente escrita por Peñaranda en 1659: *Examen de las notas y observaciones de los señores embaxadores de Francia sobre las replicas, que el Señor Conde de Peñaranda hizo en Fráncfort a los papeles que le enviaron los Señores Electores de Maguncia y Colonia el año pasado de 1658* (BL, Ms. Additional, fols. 247r-267v).

⁵⁴ Peñaranda a Felipe IV, 26 de octubre de 1657 (AGS, Estado, leg. 2367).

después, pero consideró importante comunicar sus buenas intenciones, y por ello apeló a un proyecto previo de negociar la paz en Roma⁵⁵. Fue esta idea (probablemente poco sincera) que Peñaranda tendría que presentar cada vez que el arzobispo de Maguncia renovara su deseo de celebrar un congreso en Fráncfort.

Durante varios meses del invierno parecía que el conde y el arzobispo estaban al punto de llegar a un acuerdo. Este profesó haber abandonado su deseo de que la paz se negociara antes de la elección y ofreció promesas de apoyar al rey de Hungría. El conde, preocupado por los reveses recientes en Flandes, expresó a Felipe IV y a don Luis de Haro su propio deseo de negociar una paz, o, como mínimo, concluir un alto el fuego. El rey, sin embargo, proseguía con su proyecto de un congreso en Roma, y sus consejeros avisaron que el proponer una suspensión de armas al comienzo de la nueva campaña podría interpretarse como una señal de flaqueza y sería necesario asegurar que la oferta viniera del lado francés. En Alemania, y provisto de garantías del arzobispo que el convento se concentraría exclusivamente en la elección de Leopoldo, el conde se trasladó a Fráncfort, donde llegó el 14 de marzo. Fue acompañado durante la última etapa de su viaje por el mismo Blum, y al despedirse del conde en las afueras de Fráncfort, Blum de repente le informó que el arzobispo todavía estaba con intención de negociar la paz antes de entrar en la materia de la elección⁵⁶. Si esto no era suficiente, existía la amenaza de que, en caso de que la paz no se hiciera, el nuevo emperador se encontraría maniatado por una capitulación muy estrecha. El enojo del conde entonces se puede comprender, y aumentó al darse cuenta de que ni el arzobispo ni sus agentes tenían la menor idea de las formas que se debían seguir en la mediación de una paz⁵⁷. Este era el contexto del famoso altercado del 18 de abril.

⁵⁵ Consulta del Consejo de Estado, 4, 18 y 26 de noviembre de 1657 (AGS, Estado, leg. 2367). El cardenal Mazarino llevaba relaciones difíciles con Alejandro VII, y la idea de un congreso en Roma tenía la ventaja para el gobierno español de que los franceses probablemente no la aceptarían.

⁵⁶ Peñaranda a Felipe IV, 5 y 14 de diciembre de 1657, y 5 de enero de 1658, consulta del Consejo de Estado, 18 de febrero de 1658 (AGS, Estado, leg. 2368). Peñaranda a Haro, 13 de diciembre de 1657 (ADA, caja 233 [20]). Felipe IV a Peñaranda, 22 de febrero de 1658 (AGS, Estado, leg. 2478; BL, Ms. Additional 14,000, fols. 249r-250r).

⁵⁷ Peñaranda a Felipe IV, 17 y 29 y 31 de marzo, 11 y 17 de abril de 1658 (AGS, Estado, leg. 2368; BL, Ms. Additional 14.000, fols. 250r-v, y 257r-259r). Las relaciones relativamente buenas entre Peñaranda y el arzobispo de Maguncia durante los meses del invierno se debían

El Consejo de Estado en Madrid, al enterarse de lo que había pasado entre Peñaranda y Blum, se alarmó, ya que para ellos lo más importante era dar la impresión de que Felipe IV no quería dejar piedra sin remover para llegar a una paz. Los duques de Medina de las Torres y de Alba, y el marqués de Velada pensaron que el conde se había comportado “más con el imperioso ímpetu de su condición que con la madurez y templanza que requiere la calidad del negocio”. El marqués de los Balbases estuvo de acuerdo con ellos, pero no quería que se censurara al conde porque el rey necesitaba sus servicios, “y conviene mucho mantenerle en presunción de que Vuestra Majestad está con mucha satisfacción de sus procedimientos”. A Felipe IV no le era necesario que se le recordara la confianza que tenía en Peñaranda: las actuaciones del conde se debían aprobar, y el rey consideraba que su deseo, ya expresado varias veces, por un congreso en Roma era prueba suficiente de su sinceridad ⁵⁸. El Consejo seguía expresando durante el verano su preocupación de que el conde estaba creando la impresión de que Felipe no quería la paz, pero el rey hizo caso omiso de sus amonestaciones ⁵⁹. No fue hasta el 22 de julio que escribiera al conde una carta de reprensión, y esto (como se ha notado) por sus deseos de fomentar un cisma en el colegio electoral, no por haber obstaculizado la iniciativa pacífica del elector de Maguncia.

El comportamiento de Peñaranda, aunque impetuoso para los consejeros de Estado, era conforme con los deseos del rey y (se debe asumir) con los de su valido también. Solo en un aspecto muy importante iba en contradicción de sus órdenes. El conde –junto con algunos consejeros como el duque de Medina de las Torres– creía que la idea de un congreso en Roma era impracticable ⁶⁰. Esto fue no solo a causa de las difíciles relaciones entre el cardenal Mazarino y

en parte a un roce entre este y el cardenal Mazarino. Se resolvió cuando el cardenal envió a su secretario Roussereau al arzobispo para asegurarle de sus buenas intenciones y deseo de la paz (A. CHÉRUEL: *Histoire de la France sous le ministère de Mazarin*, Paris 1882, III, pp. 115-116).

⁵⁸ Consulta del Consejo de Estado, 28 de mayo de 1658 (AGS, Estado, leg. 2368). Felipe IV a Peñaranda, 12 de junio de 1658 (AGS, Estado, leg. 2478).

⁵⁹ Consulta del Consejo de Estado, 9 de junio de 1658 (AGS, Estado, leg. 2478). Consulta del Consejo de Estado, 11 de agosto de 1658 (AGS, Estado, leg. 2368).

⁶⁰ Peñaranda a Haro, 22 de marzo de 1658; Peñaranda a Felipe IV, 29 de marzo de 1658; voto del duque de Medina de las Torres, 6 de mayo de 1658 (AGS, Estado, leg. 2368).

la corte papal, sino también porque la experiencia había mostrado que el proceso de negociar la paz en un gran congreso, como el de Westfalia, era muy largo y complicado. El conde lo consideraba mucho mejor negociar en un lugar íntimo, y a distancia igual entre las dos cortes. El día antes de su famosa entrevista con Blum, había propuesto a Felipe IV que los Pirineos sería el sitio más conveniente, y repitió la sugerencia al rey y a su valido tres o cuatro veces más, pero sin poder convencerlos. Por fin, se tomó la justicia por su mano el 23 de julio, cuando escribió un papel a los electores de Maguncia y Colonia, proponiendo que se formara un congreso en los Pirineos ⁶¹. Al hacerlo, pretendió estar comunicando los propios deseos de su rey expresados en una carta del 12 de junio. En realidad la carta de Felipe IV de esa fecha no contuvo ninguna referencia a los Pirineos, sino repitió por enésima vez su deseo de negociar la paz en Roma. La insubordinación del conde, provocó algunos regaños del Consejo de Estado, mientras el rey, que ya se inclinaba poco a poco a aceptar la mediación de los electores (junto con la del papa y de la República veneciana), creía que el congreso ahora tendría que celebrarse en Trento ⁶².

En Fráncfort la sugerencia de los Pirineos provocó una reacción bastante más fuerte de Hugues de Lionne. Diez meses habían pasado desde septiembre de 1657 cuando el arzobispo hizo su primera sugerencia de un congreso de paz, y la llegada de la carta de Felipe IV de 12 de junio, que (según afirmaba Peñaranda) contenía el deseo de negociar en los Pirineos. ¿Cómo podía ser que el conde no había comunicado a su gobierno las propuestas electorales? La única solución a que podía llegar Lionne era que Felipe IV y sus ministros no tenían ningún deseo para llegar a una paz ⁶³. Y en cierto sentido el francés tenía la razón. Como se ha visto, la correspondencia del propio conde demuestra que había representado fielmente a su gobierno las propuestas electorales; el problema era que no había comunicado los deseos impracticables de su propio gobierno

⁶¹ Peñaranda a Felipe IV, 17 de abril y 28 de julio de 1658 (AGS, Estado, leg. 2368). Peñaranda a Haro, 16 de junio de 1658 (AGS, Estado, leg. 2478; BNE, Ms. 5542, fols. 20-22v).

⁶² Felipe IV a Peñaranda, 12 de junio y 20 agosto de 1658; Felipe IV a La Fuente, 20 de septiembre de 1658 (AGS, Estado, leg. 2478). Consulta del Consejo de Estado, 31 de agosto de 1658 (AGS, Estado, leg. 2368). La idea de un congreso en Trento era la sugerencia del duque de Medina de las Torres: Consulta del Consejo de Estado, 11 de agosto de 1658 (AGS, Estado, leg. 2368).

⁶³ BNE, Ms. 5542, fols. 13v-14v, 17r-v, 35v y 54v-60.

al elector de Maguncia. En lugar de eso, puso en el tapete su propia idea de una reunión en los Pirineos, que consideró más factible. Al no haber persuadido a su rey y al Consejo de Estado de su idea, siguió adelante sin referencia a ellos.

¿CASAMIENTO DE LEOPOLDO I Y AUXILIOS AUSTRIACOS?

Y así volvamos a la cuestión de la alianza entre Madrid y Viena y la posibilidad de obtener auxilios para los ejércitos de Flandes y de Milán. La capitulación electoral, como se acordó en julio de 1658, era un documento mucho menos severo de lo que los electores desfavorables a la Casa de Austria habían querido imponer. El asunto había sido discutido en el convento desde la llegada del conde palatino el 1 de mayo. Por dos meses parecía que él y los electores de Maguncia y Colonia iban a obligar al nuevo emperador a reconocer unas condiciones tan estrechas que incluso contenían provisiones para deponerle si intentara proporcionar auxilios a los enemigos de Francia y Suecia ⁶⁴. El marqués de Brandemburgo, sin embargo, al haber ratificado su tratado con el rey de Hungría a principios de junio, constituyó otra vez el elemento decisivo en el reflujo de la marea. Junto con los electores de Baviera, Sajonia y Tréveris, consiguió que se reescribieran las condiciones de la elección de Leopoldo para que no se diferenciara en mucho de las restricciones incluidas diez años antes en el tratado de Münster. Resultó posible borrar el adjetivo “presentes” con referencia a los aliados de Francia para que el nuevo emperador pudiera (si quería) ayudar a Felipe IV por lo menos en sus guerras contra el Protector Cromwell y el duque de Módena. Además, el artículo 31 prácticamente obligaba a Leopoldo a venir en asistencia de Felipe IV en Milán, donde el rey español era su vasallo ⁶⁵. En Madrid, la capitulación electoral se consideró un gran éxito, y el Consejo y Felipe IV dieron la enhorabuena a Peñaranda por lo que había logrado obtener ⁶⁶.

⁶⁴ Peñaranda a Felipe IV, 4 y 18 de mayo, y 16 de junio de 1658 (AGS, Estado, leg. 2478). Peñaranda a Felipe IV, 13 de mayo de 1658 (AGS, Estado, leg. 2368).

⁶⁵ Peñaranda a Felipe IV, 18 de julio de 1658 (AGS, Estado, leg. 2478). Peñaranda a Felipe IV, 30 de junio, y 7 de julio de 1658 (AGS, Estado, leg. 2368).

⁶⁶ Consulta del Consejo de Estado, 9 de agosto de 1658. Felipe IV a Peñaranda, 10 de agosto de 1658 (AGS, Estado, leg. 2478).

Pero, en realidad, los artículos de la capitulación importaron mucho menos que las cuestiones de dinero y del altruismo del nuevo emperador. En las palabras de Haro, “si tuviéramos dinero, tendríamos gente, aunque prohiban las condiciones, y sin él, no la darán, aunque ellas lo permitan”⁶⁷. Faltando dinero, la ayuda del gobierno austriaco se hizo clave. Leopoldo I, si quería, podía ayudar a Felipe IV de la misma manera que había hecho Fernando III, sin que hubiera ninguna restricción legal para impedirle. Con esta esperanza, Peñaranda había tomado nota del paradero de soldados que potencialmente pudieran ser puestos a disposición del Rey católico. El ejército austriaco montó a 34.000, que (con la ayuda de 14.000 soldados del marqués de Brandemburgo, y una caballería polaca de 10.000), excedió en mucho el pequeño ejército sueco de 22.000⁶⁸. También hubo dos tercios de soldados sirviendo bajo los archiduques de Innsbruck, y 4.000 o 5.000 soldados en el contorno del Palatinado⁶⁹. Seguro que Leopoldo podía conceder unos cuantos para Flandes y Milán, pero esto no lo iba a hacer, a no ser que Felipe IV le entregara la mano de la infanta María Teresa. Para los españoles la cuestión se planteó al revés: la mano de la infanta no se concedería si el emperador no se mostrara dispuesto a cooperar activamente en la guerra contra Francia. A finales de julio, cuando Porcia la pidió en nombre de su amo, Peñaranda le respondió que el asunto estaría en manos de Leopoldo si quisiera ayudar a su tío en la continuación de la guerra. En noviembre, el marqués de los Balbases dio una respuesta parecida al conde de Lamberg cuando este hizo la petición en Madrid⁷⁰. Durante el otoño de 1658, el Consejo de Estado en Madrid expresaba su decepción por la actitud del nuevo emperador, mientras en Viena la familia real austriaca se desolaba por el rechazo de Felipe IV de ofrecerles su hija⁷¹.

⁶⁷ Haro a Peñaranda, 8 de julio de 1658 (ADA, caja 138).

⁶⁸ Peñaranda a Felipe IV, 18 de julio de 1658 (AGS, Estado, leg. 2478).

⁶⁹ Felipe IV a La Fuente, 17 de agosto y 19 de octubre de 1658 (AGS, Estado, leg. 2478). Peñaranda a Felipe IV, 22 de agosto de 1658 (AGS, Estado, leg. 2368).

⁷⁰ Peñaranda a Felipe IV, 28 de julio de 1658 (AGS, Estado, leg. 2368). Felipe IV a Peñaranda, 4 de septiembre de 1658; Felipe IV a La Fuente, 19 de septiembre de 1658; Felipe IV a La Fuente, 28 de noviembre de 1658 (AGS, Estado, leg. 2478). La Fuente a Felipe IV, 6 de noviembre de 1658 (AGS, Estado, leg. 2675).

⁷¹ Consulta del Consejo de Estado, 25 de septiembre de 1658 (AGS, Estado, leg. 2368). La Fuente a Felipe IV, 1 y 29 de enero de 1659 (AHN, Estado, libro 126, fols. 1-2 y 76-8v).

CONCLUSIONES

No se sabe quién tenía la culpa de esta parálisis, pero lo más probable en la coyuntura del otoño de 1658 era que Felipe IV no se contentaría con menos que una renovación completa de la antigua alianza con Viena. La influencia de don Luis de Haro a favor del emperador disminuía con su salida de la corte a finales de agosto para dirigir una invasión de Portugal. Hasta que los éxitos de esta empresa y de la nueva iniciativa pacífica de don Antonio Pimentel de Prado se aclararan, era necesario que el rey quedara sin comprometerse, y por ello no iba a aceptar las ofertas y propuestas de su sobrino sin resguardos muy seguros. Este había sido el punto de vista del conde de Peñaranda desde el principio. Varias veces se encuentra en su correspondencia la afirmación de que los Habsburgos necesitaban los mismos amigos y enemigos, y quería decir con esto que si no existiera una firme alianza ofensiva y defensiva entre Madrid y Viena, las relaciones actuales no podían seguir ⁷². Todo o nada.

Al despedirse de la corte imperial para hacer su viaje a Nápoles, Peñaranda estaba convencido de que la responsabilidad por el nuevo enfriamiento entre los dos lados de la familia la tenían los ministros austriacos, y sus experiencias en Fráncfort le había dejado con un enfoque más ibérico. Durante los años siguientes –y al haberse vindicado con la firma de la paz de los Pirineos– seguía sistemáticamente la máxima de “socorrer la casa propia primero que la ajena” ⁷³. Tal política –aunque no expresada tan tajantemente– no difería en mucho de las opiniones de los otros ministros españoles. Al tiempo del convento en Fráncfort, lo más importante para el Consejo de Estado era que se hiciera la elección cuanto antes, y a favor de un miembro de la Casa de Austria, sin preocuparse demasiado por detalles. Felipe IV quería casar a su hija con Leopoldo, pero sus condiciones para la boda eran tan complicadas que la hacían prácticamente imposible. Entretanto se aclarara la situación internacional, lo más importante era seguir manteniendo la impresión de su sinceridad en los intentos de llegar a una paz. Probablemente el más proaustriaco de todos los ministros españoles era

⁷² Peñaranda a Haro, 27 de octubre, 10 de noviembre, y 13 de diciembre de 1657 (ADA, caja 233 [20]).

⁷³ Voto particular del conde de Peñaranda, consulta del Consejo de Estado, 22 de mayo de 1666 (AGS, Estado, leg. 3918). Véase también Peñaranda a Felipe IV, 24 de noviembre de 1660, y 7 de junio de 1661 (AGS, Estado, leg. 3284; Mapperton House, Diario del conde de Sandwich, 29 de noviembre de 1667 [estilo viejo], V, p. 54 y 56).

don Luis de Haro, cuyo deseo de continuar la guerra con Francia parece haber sido acompañado por una confianza casi ingenua en la capacidad y consentimiento de Viena para darle los medios necesarios. Estas creencias sin duda influenciaban las reacciones del propio rey hasta el verano de 1658, y hubieran estado detrás de la decisión de enviar a un ministro a Europa central sin darle instrucciones de cómo se debía responder si se le hablara en la cuestión de la paz. Parecidamente, la esperanza en que el gobierno de Viena proporcionaría los medios para seguir la guerra con Francia era el razonamiento de mantenerle allí durante diez meses, todo el tiempo desviando las iniciativas electorales a un foro que era inaceptable para el otro lado.

Lo que sorprende es cómo el conde de Peñaranda, cuya falta de discreción era notoria, pudiera haberse controlado en sus tratamientos con Haro. De vez en cuando se puede notar que iba perdiéndose la paciencia, pero el tono de sus cartas era más de confianza que de confrontación. No obstante, al final de la larga y detallada defensa de su conducta en Fráncfort que escribió, o encargó, en 1659, revela el origen del problema. Lionne, si quería saber por qué la Monarquía hispánica seguía rehusando la paz, no debía intentar un análisis de la mentalidad política de sus ministros, porque:

sin duda ninguna se puede presumir que el Señor don Luis de Haro le declararía estos misterios, y le revelaría lo más arcano de sus consejos, pues cuando [Lionne] estuvo en Madrid, no trató, ni comunicó con otro ministro ninguno.